
GARASCO

LAS PRIMERAS AMISTADES

Emilio Ratti llegaba á Garasco sin el entusiasmo sincero de muchos principiantes, porque en la Escuela Normal habíasele alcanzado ya muy bastante de lo dura que suele ser la existencia del maestro; pero sí llevaba una especie de curiosidad tranquila de ver cómo sería la primera etapa de su peregrinación, y tuvo gran contentamiento por la acogida excelente que le dispensó el alcalde, acogida que le pareció de muy buen agüero, así como también se lo pareció el hermosísimo día de otoño que daba al pueblecito un aspecto alegre. Subía Emilio la escalera de la Casa Ayuntamiento, cuando el alcalde y el secretario se apeaban de sendos velocípedos en el patio, de retorno de un paseo por el campo, y quedó asombrado y satisfecho juntamente al ver que la primera autoridad del pueblo residía en un joven de unos treinta años, elegante, alegre, de sonrisa cariñosa. —¡Ah! ¡El maestro nuevo! dijo el alcalde, tendiéndole la mano: un joven; mejor... así marcharemos más en armonía.—Y después de darle algunos informes acerca del país, más como un compañero que como un jefe, lo presentó al secretario del Municipio; también éste era joven, alto, con ese algo de seriedad en el traje y de franqueza en los modales, que denunciaba al antiguo militar. La sala, desde la cual se veía un jardín iluminado por el sol, estaba amueblada como un salón de ciudad; parecía que todo era juvenil en aquel Ayuntamiento.

—Ahora, dijo el alcalde al secretario, vas á dar á nuestro maestro todos los informes que necesite; hazle dar un paseo por el pueblo, llévale á visitar la escuela y á los colegas, y esta tarde lo acompañas á mi casa para que coman ustedes conmigo. Será bien que lo presentes al señor Toppo. Después de comer daremos unos paseos por el parque. Ea, muy bien venido; buena suerte, y hasta la vista.

Satisfechísimo salió el maestro, que expresó esas impresiones suyas al secretario. Este se deshizo en alabanzas de su jefe. Era dueño de uno de los mejores patrimonios del país y poseía en Turín dos hermosas casas; pero esta riqueza suya era la menos importante de sus condiciones. Era la flor y la nata de los caballeros y de los hombres honrados. Un corazón de César. Su padre había sido ya alcalde de Garasco durante veinte años, y pasaba en el pueblo todavía seis meses, desde Junio á Noviembre, cada año. Pero el hijo, gran cazador, apasionado á cultivar flores, enamorado del campo, permanecía allí hacía ya dos años hasta en invierno, y sólo muy de tarde en tarde hacía una escapatoria á Turín. En verano era el alma de todas las fiestas; el pueblo le adoraba. Al alcalde debía su panegirista ser secretario del Ayuntamiento; habíanse conocido en el colegio; después había emprendido él la carrera de las armas y el alcalde la de abogado. Llegado que hubo á teniente de infantería, habíase visto obligado, por ciertas razones de familia, á conseguir que se le aplicase el «artículo 3.º», y hallándose sin ocupación, había adquirido, por consejo de su amigo y compañero, un título de «Secretario municipal», y obtenido inmediatamente la plaza de Garasco. Podía decir que con el alcalde vivía aún como compañero de colegio; siempre iban juntos á cazar, á pescar y á pasear á caballo. Pero él no abusaba de aquella familiaridad. En asuntos del servicio no se salía de su puesto. Estaba muy contento, y no habría cambiado su actual posición por un grado de coronel. Y decía verdad en casi todo, porque, en lo referente al artículo 3.º, la verdad era que él había sido expulsado del ejército por un «Consejo de disciplina»; y en lo que respecta á la adoración del pueblo en el alcalde, como la caza

y las fiestas le distraían demasiado de la administración, lo censuraban muchos. En ausencia del alcalde, quien hacía todo, y aún algo más de lo necesario, era el asesor Toppo; un enredador vanidoso á quien el pueblo quería muy poco. Cuando sobrevenia algún quehacer apremiante, los dos amigos jóvenes se le encargaban al compadre, y paseaban juntos en sus velocípedos. Y así iban los asuntos del Ayuntamiento.

El secretario acompañó al maestro á ver el pueblo, que era de una estructura extrañamente regular, cortado en forma de cruz por dos callejuelas largas y rectas, con una plaza cuadrada en la intersección de las dos calles, donde se levantaba un cobertizo para mercado; las casas eran bajas todas, muchas de ellas estaban flanqueadas por jardines y huertas, en las que se alzaban parras é higueras que guarneían las torrecillas de madera y los marcos de las ventanas. En todas las esquinas había meridianas en las cuales un poeta medio loco, nacido en el pueblo y muerto hacía pocos meses, había garrapateado gran número de motetes y dísticos de tal profundidad, que nadie los comprendía. Desde cualquier parte del pueblo se veían los Alpes.

Las escuelas de niños estaban en un convento muy viejo, al extremo de una de las calles principales, y muy cerca de un molino. El maestro, que oyendo hablar de las riquezas y de las liberalidades del alcalde había esperado escuelas modelos, quedó un poco desconcertado al ver la suya, que era una habitacioncilla larga y estrecha, con una archivolta mal alumbrada por dos ventanas circulares y colocadas á grande altura; tal vez era aquello un antiguo oratorio. En las paredes había varias láminas de animales y de plantas; una especie de nicho encerraba algunos ejemplares de cuerpos geométricos, y entre las dos ventanas se hallaba colocado un gran mapa de Italia; pero todo esto muy deteriorado. Los bancos, mal construidos, colocados en dos hileras largas, estaban materialmente cubiertos de dibujos y de inscripciones de todos géneros, agujereados, ahuecados, dentados, raspados, como si hubieran servido, por espacio de dos años, para ejercicios de trabajo manual en una escuela de cince-

ladores ó talladores. Próximo á la salida pendía aún un cartelón con la música de un himno que habían cantado los estudiantes en una distribución de premios, porque el maestro anterior era apasionado por la música; y más arriba, pendiente de un clavo, el esqueleto empolvado de una gigantesca corona de flores que debía de haber servido en alguna solemidad municipal ó escolástica.

—Todo esto, se apresuró á decir el secretario al notar el descontento del maestro, está llamado á desaparecer. El alcalde anda estudiando un proyecto; una transformación completa de los locales. Se derribará aquí, se echará abajo allá esa tapia del fondo; en la pared que da á la calle abriremos otra ventana; en el patio se construirá una galería de cristales para recreo; todo el material será renovado. Después... en fin, muchas cosas. Antes de dos años tendremos las mejores escuelas de toda la comarca.

Fueron después á visitar á Toppo, que se encontraba en una casita pintada de amarillo, casi cubierta por una meridiana gigantesca, y que tenía á su lado una casa de campo en la cual habitaban los dependientes. El maestro no fué dueño de contener una sonrisa cuando vió aquella figura de cavador bajito y ancho, con una cabeza enorme que, de cuando en cuando, cerraba los ojos, como las cabezas automáticas. Pero adivinó que bajo aquel mascarón granujiento, al que daba expresión una sonrisa constante, debían de ocultarse ciertas aptitudes para todo, ó una invariable fuerza de voluntad. Toppo acogió al recién llegado con afabilidad, atenuada con cierta prosopopeya. Pero esto podía perdonársele, porque reunía en sí los cargos de asesor, de superintendente de las escuelas, de director del asilo, de miembro de la Congregación de la Caridad y de vicepresidente de la Sociedad de la calle nueva, y había ascendido á tanta altura pasando por los oficios de segador, carpintero, albañil, contratista; por medio de los cuales, y de algunos otros, había reunido, en cuarenta años de trabajo y de tacañerías, un capital, no tan grande como algunos decían y como se quería hacer creer, pero sí considerable. Entre otras cosas, Toppo, pidió al maestro noticias de la familia Goli, á

la que de fama conocía, y de la cual habló con mucho respeto; hizo que destaparan una botella, y presentó al joven una sobrina suya, «maestra con título», una muchachona muy chata, que dejaba ver, á través de su rostro raro, su menguado cerebro, y que procuraba esconder las manos, cuyo aspecto hacía pensar que su dueña había manejado durante muchos años un instrumento más pesado que la pluma. La visita fué corta; pero ésta dejó también buena impresión en el maestro. El superintendente le invitó, cerrando los ojos, á que viniese alguna tarde á su casa para hablar sobre cosas de la escuela, y tuvo la atención de permanecer en el descansillo mientras el maestro bajaba la escalera.

Cuando se hallaron en la calle, preguntó el maestro por el delegado de escuelas; el secretario se echó á reír. En el delegado no había que pensar, porque era un personaje misterioso, del cual no podía asegurarse con certeza ni aun que existía; desempeñaba la delegación de Garasco á cuarenta millas de distancia, desde Turín, y no parecía por el pueblo sino cuando, con motivo de grandes granizadas ó inundaciones, deseaba echar una ojeada á sus tierras. El secretario quería llevar al joven á casa de su colega don Leri, maestro de tercera; pero presumiendo que á aquella hora no estaría en casa, le propuso que visitaran á la maestra Strinati, después que hubiesen visitado al párroco, que vivía enfrente.

—Una maestra excelente, dijo, que tiene treinta y cinco años de servicio; un carácter firme; su escuela marcha como un reloj.

Habían hecho, sin embargo, una gran picardía con ella; bajo el anterior alcalde, por de contado. Estaba á punto de firmarse el acta, en virtud de la cual se confirmaba nuevamente en su cargo á la señora Strinati, después de no sé cuántos años que enseñaba en el pueblo, cuando un concejal había hecho la caritativa observación de que si la confirmaban nuevamente en su cargo, la maestra adquiriría derecho á jubilación, y de este modo el Municipio tendría, dentro de poco tiempo, un nuevo gasto. La mayoría de los concejales hallaron justa la observación, y convencidos de que la maestra, á su edad y con sus achaques, no se decidiría

á ir á otra parte, dijeron: «Si quiere ser confirmada en su cargo, que renuncie á la jubilación.» Y la infeliz señora, temerosa de no hallar otra plaza, con tanto mayor motivo cuanto que era un poco sorda, había renunciado.

—¡Estas cosas se hacen!—exclamó el secretario.

Esperaba el maestro que su guía agregase á lo dicho, que el nuevo alcalde había reparado aquella injusticia; pero, con gran asombro suyo, el secretario puso acabamiento á su relación en aquel punto. Observó, además, que éste, mientras andaba, iba lanzando ojeadas por acá y por acullá, ya á las persianas de una ventana, ya á una puerta entreabierta, como si por todas partes tuviese «alguna cosa».

De pronto, al volver uná esquina, dijo el secretario:

—¡Calla!... ¡La maestra!

Venia efectivamente hacia ellos una muchacha metidita en carnes, pero cuya poca edad se conocía aún desde lejos; término medio entre la señorita y la hija del aldeano rico; llevaba un sombrero grande de paja. Sintió el maestro la comezón de una vivísima curiosidad, pensando que era aquella muchacha la primera compañera que encontraba él en su camino.

—Es la maestra de primera—dijo en voz baja el secretario;—una cabeza algo exaltada. Voy á presentársela á usted.

Cuando se hallaron próximos, detúvose el secretario, saludó á la maestra quitándose el sombrero, y le presentó el maestro; después hizo á éste el elogio de la señorita.

—Ingenio... imaginación... un brillante porvenir literario...

El maestro creyó notar en el panegirista esas maneras forzosamente desenvueltas y un tanto irónicas del hombre que se halla delante de una mujer con la que no ha sido afortunado.

La maestra respondió en italiano, sin cortedad, y alargando las o:

—No merezco tales elogios.

No era guapa, pero sí fresca como una rosa; el semblante un poco vulgar, los ojos azules, y el tono de su voz, denunciaban una fatuidad inocente.

—¿Qué impresión ha producido en usted nuestra pobre aldea?—preguntó al maestro.

Buscó Emilio una respuesta fina, y no la halló, limitándose á contestar:

—Una impresión muy buena... la población es agradable... los alrededores lindísimos...

—Eso... la hermosura de la naturaleza; nada más. Y la tranquilidad muy á propósito para los estudios.

—Pero esta señorita—dijo el secretario sonriendo ambiguamente,—disfrutará muy poco tiempo de esta paz. Remontará su vuelo á Turín. No ha nacido, en manera alguna, para permanecer en nuestras pobres escuelas.

—No «anhelo la ciudad»—respondió la maestra mirando hacia los Alpes,—ni nada del mundo. Sólo vivo para mis niñas.

Y después de saludar con una sonrisa y con una inclinación de cabeza, excesivamente pronunciada, á los dos jóvenes, continuó su camino.

—Muy buena muchacha—dijo el secretario, sin que Emilio pudiese comprender si le hablaba en serio ó en son de broma;—de gran talento, de mucha imaginación. Escribe sus pensamientos, y siempre anda fantaseando por los campos. También declama admirablemente.

Y refirió así la breve historia de la maestra. Era hija de un boyero del pueblo. Una señora viuda, ya anciana, habíase prendado de la niña, habíala llevado consigo y le había costado la carrera de maestra. Cuando su protectora falleció, tornó la maestra á vivir con una hermana suya y con su padre, que andaba loco de vanidad con aquella hija. Por las noches, pasando por delante de su casa, oíase á la maestra que leía en alta voz á la familia los pensamientos del día. Las gentes... el pueblo la consideraba como una gloria del lugar. Cuando la hija del boyero había regresado de Turín con su título, le había sido remitida la banda de la «Sociedad filarmónica». El superintendente Toppo sentía algunos celillos por causa de su sobrina, á la cual aquella maestra eclipsaba. ¡Pobre hombre! ¡Era digno de lástima!

Encontraron á la maestra Strinati delante de la puerta de casa, en un patio pequeñísimo, donde daba de

comer á unas cuantas gallinas, con las cuales procuraba la pobre señora compensar lo escaso del sueldo. Recibió á los dos visitantes con agrado, pero sin cumplimientos, y les hizo sentarse en un banco colocado en el rincón. Tenía escasos y grises los cabellos, la nariz algo encorvada, la boca severa; llevaba anteojos ahumados; iba vestida como la más humilde tendera. Saludó al maestro, le pidió noticias de los programas nuevos de la Escuela Normal, demostrando en muy pocas palabras inteligencia clara y cierta cultura escolar. Después se volvió súbitamente hacia el secretario y le recomendó que antes de que se verificase la reapertura de las escuelas quedase arreglado, «por lo menos», el enladrillado de la suya, que estaba destrozado por completo, y las niñas tropezaban. El secretario pareció disgustado de que se quejase delante del maestro recién llegado; pero prometió que hablaría del asunto.

—Es que—continuó diciendo la maestra,—vea usted, nos estamos así desde principios del año académico próximo pasado. Y ya que de esto hablamos, permítame usted—continuó diciendo en tono cada vez más sentido,—y usted dispense... de sobra sabe usted que yo no quiero hablar otra vez de cosas que me quemán la lengua; pero me parece que este año, «á lo menos», después del último apercibimiento del inspector, no deberá permitirse esa picardía... llamo á las cosas por su nombre.

Y volviéndose á Emilio, prosiguió:

—Figúrese usted una maestra que no ha visto nunca ni el color de un título, enseña á leer y á escribir, y halla aldeanas imbéciles que le envían sus chicas y le pagan peseta y media al mes. No lo digo porque me robe esos céntimos de los repasos del verano, sino porque es una escuela de contrabando que quita á la escuela pública sus alumnas, sin que enseñen á éstas nada en limpio. Baste decir que no tienen ni siquiera bancos. La maestra sostiene el libro entre las piernas, y hace que las niñas lean arrodilladas.

El secretario, apuradísimo, le dijo que exageraba mucho.

—¿Que exagero mucho?—gritó la maestra.—¡Pero si esto lo sabe todo el pueblo!

Y volviendo los ojos á Emilio, prosiguió:

—¡Y la manera de mantener la disciplina que usa esa señora! Baste á usted saber que, por castigo, obliga á las pequeñas á que hagan con la lengua una cruz en los ladrillos, y que á las mayorcitas las da un golpe con el dedal en medio de la frente; sí, señores; y es de tal modo verdad esto, que todas sus discípulas están señaladas y se las conoce por la calle. ¡Y acuden allá! Y advierta usted que el señor inspector, que durante el primer año nada sabía de esto, ha dado orden en éste de cerrar esa escuela. Pero ¿de qué ha servido? No bien volvió el inspector las espaldas, la escuela se abrió nuevamente, como se hace en todo. ¿Podrá usted decirme que no es esto verdad?—preguntó al secretario.

Este procuró hallar una respuesta.

—Sí: es verdad... y no es verdad—dijo levantándose confuso é irritado;—quiero decir que es una escuela y no es una escuela...; allí enseñan un poco de catecismo y un poco de costura.

—Allí se enseña—replicó la maestra,—todo lo que no se sabe... y se hace burla de los programas y de las inspecciones; esta es la verdad. Es una escuela privada, y está dicho todo. El parásito... ¿cómo ha dicho el inspector? el corrosivo de la escuela pública. Y si usted quiere que le diga otra verdad, el por qué se tolera esta infracción de la ley, á despecho de nosotros los maestros... Pero usted lo sabe ya mejor que yo, y es inútil que se lo diga.

La verdad, según después supo Emilio, era ésta: que la señora aludida, una aldeana ya vieja, cuyos conocimientos no iban más allá del abecedario, era hermana del asesor Toppo, el cual toleraba á la maestra para no mantener á la hermana.

—Por último—respondió el secretario encogiéndose de hombros,—yo nada tengo que hacer en esto.

Después, dulcificándose un poco, trató de apaciguar á la maestra, diciéndole que tenía razón al creer que en aquel curso no se abriría la escuela privada.

—Pero, señor, ¡si van ya las niñas á ella!—exclamó la Strinati, mirándole indignada.

—Se cerrará antes de Navidad, vamos—respondió el

secretario dándole golpecitos cariñosos en la espalda.— ¡Pero si parece imposible que una modelo de maestras, como la señora Strinati, estimada y respetada por todos, pase malos ratos por estas pequeñeces!

—¡Oh! sabe usted...—replicó;—á mí no se me pudren las palabras en el cuerpo.

Y saludando gravemente al maestro, volvió á dar de comer á sus gallinas, sin contestar al saludo del otro.

Para no dar explicaciones sobre el asunto, el secretario se dirigió de pronto á casa del párroco, que se hallaba enfrente, al lado de la iglesia. A la mitad de la escalera se detuvo, y guiñando un ojo, dijo á Emilio:

—Vea usted de caer en gracia á Perpetua, que ha estado diez años con el superintendente... de joven; y —agregó sonriendo—aspira á ser inspectora.

Era el cura un viejo más que octogenario, encorvado como una media luna, que se esforzaba en separar la barbilla del pecho, y que mostraba en su semblante rugoso y desfigurado, bajo la expresión de un gran cansancio, una gran bondad, un alma á la que debían de haber repugnado siempre las luchas y las intrigas. No sabiendo qué decir al nuevo maestro, preguntóle cuántos años tenía, lo mismo que á un chiquillo; la fecha del fallecimiento de sus padres, la edad de sus hermanos, aprobando con movimientos de cabeza las contestaciones, como si fueran juicios sensatos. Después habló, largo y tendido, con suma dulzura al secretario acerca de un alboroto ocurrido el domingo anterior en una fiesta del Asilo infantil, porque las monjas habían despojado á las niñas bien vestidas para vestir graciosamente á las que debían recitar versos, y disculpó, simultáneamente, á las monjas y á las madres de las niñas que se habían puesto como unas furias. No hubo menester más el maestro para comprender que de aquel excelente ministro de Dios nunca le sobrevendrían ni sinsabores ni dificultades de ningún género. En cambio, experimentó cierta inquietud vaga cuando conoció á la Perpetua, una mujer larguirucha, de unos sesenta años, lisa como una tabla, que permanecía de pie, recta, con una mano en la cadera y con aires de ama. Emilio había oído decir de las criadas de los curas que pretenden entremeterse en los asuntos

de la escuela, y aquella cara seca de beata gruñona que le miraba con ojos escrutadores, le pareció que era de éstas. Cuando estuvieron en la calle columbró aquel mismo hocico en la ventana. Indudablemente se había asomado para ver si el nuevo maestro se quitaba el sombrero al pasar por delante de la iglesia.

Faltábale ya únicamente conocer á don Leri, el otro maestro, que estaba domiciliado en el edificio mismo de las escuelas, donde el cabildo le había destinado una habitación; pero para esto no tuvo necesidad del secretario. Emilio recibió su visita aquella misma noche, cuando volvía de comer con el alcalde, que le había divertido mucho describiéndole las últimas regatas de los bateleros de Turín. Hallábase Emilio recapitulando las impresiones del día en su celda blanca y desnuda—que tenía una ventana á la calle y una especie de tragaluz al patio-jardín del monasterio,—cuando oyó que llamaban á la puerta, y al preguntar «¿Quién?» escuchó una voz pastosa y agradable que le respondía: «El compañero.» El aspecto de aquel hombre lo intimidó al pronto. Era uno de los curas más majestuosos que había visto en su vida, una hermosa cara de Cardenal, grave y benévola, que mostraba en su espaciosa frente, surcada por una arruga vertical, la costumbre de la meditación, antes vigoroso que menguado de miembros, y con el cabello completamente negro, á pesar de que parecía hallarse muy próximo á los cincuenta años. Emilio, al verlo, se preguntó á sí mismo cómo hombre semejante podía ser tan sólo un maestro de primeras letras.

El sacerdote le tendió la mano, y se sentó con el ademán de quien no quiere entretenerse; le dió la bienvenida con cierta cordialidad digna, expresándole su sentimiento porque el recién llegado solamente había de permanecer un año en el pueblo, y la esperanza de que «alguna vez» se harían compañía.

—Sin embargo, no podrá ser de noche—agregó gravemente,—porque de noche nunca salgo.

Y explicó que desde hacía ya muchos años dedicaba las noches invariablemente á un trabajo que había comenzado siendo todavía joven, y para el cual necesitaba aún mucha lectura.

Emilio, titubeando un poco, le dijo si no sería indiscreto preguntarle el título.

—«La religión y la escuela»—respondió el sacerdote con acento de modestia, levantándose y estrechándole la mano como acto de compañerismo. Después, continuó diciendo en voz grave y reposada:

—Vivo con mi hermana, vieja ya. Si en algo puedo servir á usted, ya sabe dónde habito. Siempre será usted bien recibido en mi casa. Le ruego que, no obstante la diferencia de edad, me considere como amigo suyo.

E inclinándose un poco su ancha frente de pensador, salió retrocediendo, y cerró con gran cuidado la puerta. Emilio quedó encantado. Aquella era seguramente la persona más respetable y de más carácter que había conocido durante el día, y le indemnizaba con creces de lo que había vislumbrado de ligereza en el alcalde, de ambigüedad en el secretario. Habiéndosele ofrecido como amigo, habría podido, sin embargo, presentarse seguramente como maestro. Ya imaginaba con gran acontecimiento el tesoro de ideas y de consejos excelentes que podría obtener de aquel hombre extraño, que para dedicarse mejor á los estudios se contentaba con vivir en la soledad de un pueblecillo, y vivía quizá la vida pura y desinteresada del pensamiento, sin una sola mira lejana de ambición.

—En resumen—se dijo Emilio,—el primer día ha sido bueno. ¡Ojalá la continuación corresponda al principio!

LAS PRIMERAS LECCIONES

Las escuelas se abrieron el día 5 de Octubre. Emilio había sido llamado para encargarse de la primera clase elemental, y, sin previo aviso, se encontró con que se le agregaba la segunda; pero como deseaba trabajar, nada dijo. Tendría, entre todos, unos cincuenta alumnos. A decir verdad, la primera impresión que en su ánimo produjeron sus escolares, fué poco agradable; parecióle que, comparados con estos suyos, los alumnos de las clases anexas á la Escuela Normal eran la flor y la nata del señorío. Aquí, la mayoría eran hijos de trabajadores del campo; algunas cabezas bosquejadas á hachazos, con los cabellos cerdosos y de un rubio sucio; rostros quemados por el sol, color de patata ó de torta echada á perder; muchos sin medias, con los pies metidos en zuecos ó en zapatones sin cintas; envueltos en camisas burdas abiertas, que dejaban al descubierto el pecho y el vientre; vestidos con chaquetas de fustán desteñido, que todos juntos exhalaban un irresistible olor de heno. La mayor parte llevaban blusa y cuadernos metidos en talegos de trapo viejo, pendientes de una cuerda, que conservaban como talahí durante la clase. Iban con escamas en la cara y en el pescuezo; con las ropas manchadas de lodo y llenas de paja, y se disputaban los sitios á codazos y patadas; poníanse después las manos en la boca ó en la cabeza, rascábanse el pecho y los sobacos lo mismo que si tuvieran sarna, ó se enjugaban los rostros su-

dorosos con las manos llenas de tinta, y quedaban negros como herreros; uno se levantaba los pantalones hasta media pierna, como para vadear un arroyo; otro levantaba la rodilla desnuda hasta el borde del banco; éste mascaba como hambriento la correa de cuero; aquel perdía un zueco, cuya caída producía ruido espantoso, y el de más allá se arreglaba las uñas de los pies. El maestro experimentó la primera vez cierto sentimiento de disgusto, como el que habría experimentado ante una piara de marranillos. Eran éstos los tipejos de los aldeanos del mañana, roñosos, desconfiados, arteros, algunos con hocicos de macacos, que á primera vista le pareció que deberían haberse tenido enjaulados durante un mes antes de dejarlos sueltos en los bancos. Y lo peor fué cuando cayó en la cuenta de que su predecesor no debía de haber tenido autoridad alguna, porque los muchachos de la segunda clase que habían sido alumnos de aquél, tenían todos la picardía y la impertinencia en los ojos, como un aire de familia, y manifestaban no hallarse dispuestos de ninguna manera á degenerar. Tocábale, pues, ante todo, poner remedio al mal que su colega había hecho, y después, dejando para más adelante la educación intelectual, ver el modo de reducir á aquellos salvajillos á que tuviesen, ya que no otra cosa, aspecto de criaturas civilizadas. Era asunto muy serio. Pero estaba todavía tan vivo su amor á la infancia, tan fresco su entusiasmo por la enseñanza, y estimulaba tanto el amor propio del maestro novel la idea misma de haber de emplear sus trabajos en tarea tan meritoria, al mismo tiempo que realizaba, por efecto de la comparación, la conciencia de la propia superioridad, que puso manos á la obra con el mayor ardimiento.

Pero ¡Dios bendito! ¡Cuánto más dificultoso era aquello que lo que él esperaba! Emilio tuvo que luchar desde el principio contra una inercia pesada como el plomo, que no sólo existía en los chicos, sino en todas las cosas. Era él vivo de genio, aficionado á proceder con prontitud, y allí, por el contrario, moviase todo con arreglo á la batuta de la vida del pueblo, ó sea con una lentitud desesperante. A las ocho y media debían tocar la campana de la escuela, y casi siempre la to-

caban después de esa hora. Cuando habían concluido de tocar, aparecían dos chicos por acá, tres por allá, uno más lejos, todos á paso de tortuga; nunca se hallaban reunidos antes de las nueve. En los primeros días algunos de los párvulos no querían penetrar en la escuela sino los últimos, y se detenían delante de la puerta como amedrentados; Emilio supo, poco después, que debía aquella buena disposición á los padres, que por espacio de muchos años se habían servido del maestro como del «coco», para hacer que callasen los chiquillos cuando les molestaban, diciéndoles con frecuencia:—¡Aguarda, que te enviemos á la escuela! ¡Ya verás en la escuela cómo el maestro te las hace pagar todas juntas!—Y por esta razón los pequeños se resistían, temiendo los cachetes y los palos. Además, iban muchos sin cuadernos y sin libros, diciendo, por encargo de sus padres:—El Ayuntamiento no nos los ha dado aún.—Y todos los querían gratis, aun aquellos que podían comprarlos. Pero quedó más asombrado todavía cuando por vez primera hizo leer á los de segunda, para ver á qué altura se hallaban. No solamente no leían entendiéndolo ellos, sino que ni aun de modo que el maestro pudiese coger el sentido de la lectura. Pronunciaban «cevil», «pedricar», «dende»; abrían desmesuradamente las vocales, formaban agrupaciones precipitadas de sílabas con las cuales, de tres palabras, hacen una sola; tenían entonaciones extrañas, algunos escapes involuntarios de voz, notas falsas de órganos vocales rebeldes á toda nueva modulación, que denunciaban una larga serie de generaciones vírgenes de alfabeto y acostumbradas en el transcurso de siglos enteros á cantar todas sus canciones sobre tres ó cuatro motivos invariables. Parecía que no los oía leer italiano, sino algún áspero y ronco dialecto teutónico, tanto que en algunas ocasiones sentía deseos de meterles los dedos en la boca para ver qué era lo que mascullaban al leer para hacer aquel destrozo del «habla celestial». Y decía entre sí suspirando:

—Será menester que comencemos por lo primero del principio.

Y pensaba sonriendo tristemente en las largas cir-

culares de los Ministerios en las que se recomienda al maestro, con acicalado lenguaje, que cuide de la «pureza» de la pronunciación. ¡Buena pureza te dé Dios! Tratábase, ante todo, de lograr una pronunciación humana.

Pero se le presentaron otras dificultades. De sobra sabía Emilio que de la Escuela Normal no salen maestros ya hechos: que todos han menester del perfeccionamiento que da una larga experiencia; pero quedó maravillado de que existiesen tantos tropiezos imprevistos, y tantos otros, mucho más graves de cómo él se los había imaginado. Entre tanto, reconoció que, para hacerse entender de los párvulos, era necesario que les hablase en dialecto; por lo cual, durante una buena parte de la clase, los mayores no aprendían ni una «jota» de la lengua. La escuela mixta servía, por consiguiente, para hacer doble el trabajo de la enseñanza y reducir á la mitad su provecho. Y tres veces más difícil mantener el orden, porque mientras hablaba á una clase se distraía la otra, y la distracción de ésta perturbaba á la primera. Por lo que respecta á la primera, experimentaba con disgusto la exactitud de lo que en la escuela había aprendido: que era ésta la más difícil de todas, principalmente por la dificultad casi insuperable de hacerse entender; tanto que principió á temer si sería él mismo de aquellos que teniendo excelentes aptitudes para explicar la 3.^a y la 4.^a, no llegan nunca á desempeñar ni aun medianamente la 1.^a, á la que otros de menos inteligencia parecen llamados por la naturaleza. El reprender, como él procuraba hacerlo, razonando mesuradamente, á fin de convencer al alumno de su error, y de llegar á su corazón por los caminos de la inteligencia, era una interrupción de la enseñanza para todos, después de la cual veíase obligado á dirigir otras reprensiones para volver á lograr la atención de los discípulos. Aparte de que entonces comprendió que nada tenía de insensata la idea que había oído expresar á su profesor de Pedagogía, de la necesidad de una escuela aparte para los niños de inteligencia inferior; algunos de los cuales (y también había de éstos en la 2.^a), le obligaban, aun animados de los mejores deseos, á repeticiones intermi-

nables, no sólo superfluas para los otros, sino gravemente perjudiciales á la buena marcha de la escuela. Y se encontraba á cada momento, con los párvulos, ante una ignorancia tan absoluta de las cosas más elementales de la vida, que le obligaba á perder un tiempo precioso en completar, por decirlo así, la criatura humana, antes de ponerse á instruir al discípulo. Muchos de los párvulos, por ejemplo, ignoraban sus apellidos y aún el propio nombre de bautismo. Sabían sólo la abreviación propia del país. Uno de entre ellos, que no sabía decir el nombre de su madre, como le preguntase de qué modo solía llamarla su padre en casa, respondió:—«Oyes»,—como creyendo que aquello era un nombre. Y no podía recordar otro. Emilio habría celebrado mucho, para dar una educación individual, siguiendo el precepto de su profesor, estudiar el carácter de los mayores, y efectivamente principió á tomar notas en su cuaderno, en el cual había escrito, á la cabeza de otras tantas columnitas, las palabras: «Compleción, inteligencia, raciocinio, sentimiento, voluntad, etcétera, etc.» ¡Pero qué empresa tan desesperada encontró desde sus comienzos! Parecía que todos, ó casi todos, por desconfianza instintiva, procuraban ocultar sus propias condiciones espirituales; había en todos algo cejudo y secreto, y en lo demás todos le resultaban iguales. Ni aún de parte de las familias hallaba manera de descubrir más; cuando una pregunta se salía del círculo de las cosas de la escuela, no le respondían. Y además de todo esto encontraba dificultades inesperadas aun en la parte técnica de la enseñanza; en definir de modo inteligible las cosas más sencillas; en responder á las preguntas repentinas de tres ó cuatro perspicaces curiosos de conocer el significado de algunos vocablos; en alternar las diversas enseñanzas sin dar ocasión á desorden; en conducir el diálogo de modo que se mantuviese despierta la atención y no se perdiera tiempo. Lo hacía todo; pero todo le resultaba más difuso, menos claro y de menores frutos de lo que él esperaba. Y experimentaba ese sentimiento molesto que todos los maestros nuevos, cual más, cual menos, experimentan al principio, y que en algunos dura mucho tiempo, una especie de sujeción inquieta

de todos aquellos ojos fijos en los suyos, muy parecida á la que sienten los oficiales del ejército recién ascendidos la primera vez que van al frente de su pelotón; algo del pudor de novicio, procedente en parte del temor de que los subordinados estén esperando errores de inexperiencia ó adivinen el rubor y la vergüenza del principiante. ¡Cuántas cosas tenía aún que aprender y experimentar! ¡Qué poco le quedaba de inmediatamente útil de todo aquel amasijo confuso que había devorado en la Escuela Normal!

UNA RED

Emilio, entre tanto, iba acostumbrándose á la vida de pueblo. Concurrió algunas noches al café de la plaza, donde se reunían los amigos del alcalde, y á la posada de la Cruz Blanca, muy frecuentada por los adversarios de aquella autoridad, y así trabó relaciones con lo principalito del pueblo. Pero hallábanse todos engolfados con sus naipes de tal modo, que á duras penas tendían la mano á los amigos íntimos que entraban, y eso sin levantar los ojos del juego; y del maestro, después de haberle saludado con una inclinación ligerísima de cabeza, no hacían caso alguno. No se dió el joven por ofendido, pues precisamente no deseaba otra cosa que vivir en absoluto retraimiento; además, la corrección de los trabajos de sus alumnos y la preparación de sus lecciones ocupábanle casi todas las veladas; eso sin contar con que, una vez cerrada la noche, cuando no había luna, quedaba el pueblo tan en tinieblas, que ni Emilio, ni muchos otros, salían, por miedo de dar ó recibir algunos golpazos. Casi diariamente encontraba, ya en la escalera, ya en los pasillos de las escuelas, á don Leri; saludábale éste muy afable y se cruzaban entre ellos algunas palabras; pero como le veía siempre meditabundo, y aun ocupado en coger el hilo de alguna idea, no le detenía. Así, pues, el nuevo maestro vivió casi solitario.

Pero muy pronto se vió constreñido á salir de aquella soledad.

Cuantas veces encontraba el asesor Toppo, otras tantas le decía éste con amabilidad, cerrando los ojos:

—Maestro, hay allí siempre una botella esperándole. Temiendo Emilio que llegase Toppo á resentirse de lo que era, al parecer, descortesía, se decidió á visitarlo. Bebieron la botella. Toppo consumió además la paciencia del pobre maestro con un discurso interminable acerca de las gestiones que se practicaban á la sazón en las oficinas del catastro para que fuesen res-tablecidos en el término de Garasco los antiguos caminos vecinales y se pusiesen alineaciones que contuvieran á los propietarios insaciables, que no cesaban de apropiarse terrenos del común de vecinos; refirióle también la historia circunstanciada de muchos caminos que habían sido por completo usurpados, con mil explicaciones y datos de medidas, de recursos y de artículos de la ley; pero después, Toppo dejó al maestro que hablase sobre asuntos de la escuela, aprobando con movimientos de cabeza cuantas ideas emitía el joven: y Emilio experimentó tal contentamiento en aquel desahogo, que, accediendo á los ruegos del asesor, repitió la visita. La manera de encauzar la conversación por parte de Toppo, era siempre la misma: comenzaba con una especie de disertación acerca de una materia en la que se hallase firme, como la Sociedad cooperativa de los consumidores de vino, ó el servicio del coche correo, y después dejaba al maestro en completa libertad para despacharse á su gusto en lo concerniente á enseñanza. Emilio tomaba gusto á estas conversaciones; sorprendíale, no obstante, que la sobrina de Toppo, maestra, no despegase nunca sus labios en asunto que debía de interesarla, y le molestaba un poco, no ya sólo aquel obstinado silencio, sino el ver siempre que la muchacha tenía fijos en él los ojos, en que brillaba una especie de coquetería buenaza y casi estúpida, y que antes parecía postura aprendida que espontánea actitud. Pero en la cuarta visita comenzó el asesor á tocar ciertas teclas que despertaron en Emilio una sospecha vaga: la mayor respetabilidad de que gozan en los pueblos los maestros casados; los excelentes resultados que, por regla general, tienen los matrimonios entre maestros y maestras, que reúnen dos sueldos y

pueden prestarse además mutua ayuda en lo concerniente á las escuelas, y otras cosas por el estilo. Por ejemplo: pocos años antes, habían tenido en el pueblo una pareja modelo, por cierto muy jóvenes ambos...

—¡Caracoles!—pensó el maestro;—¿pareceré yo un partido conveniente, y todas estas consideraciones tendrán ese único objetivo?

Y miraba de reojo á la muchacha, cuya mirada, huyendo por primera vez de las de Emilio, confirmó las sospechas de éste. También las confirmó, aunque más completamente, al otro día, el secretario del Ayuntamiento, que le preguntó:

—¿Conque visitamos á la «familia» del señor asesor?

El maestro se disculpó, alegando las repetidas invitaciones.

—¡Pero si hace usted perfectísimamente!—replicó el secretario: conviene estar bien con los superiores jerárquicos. Además,—dijo sonriéndose,—la señorita no carece de atractivos, y el tío, según se dice, «tiene el riñón bien cubierto».

El maestro se ruborizó, y para ocultar su disgusto, fingió creer que le hablaban en broma.

—Sí—dijo;—soy un partido excelente ¡un maestro con 700 pesetas de sueldo!

—¡Bah!—respondió el otro,—usted hará carrera, y después... ya se supone que tiene sus Mecenas.

Se acordó entonces el maestro de las preguntas que el superintendente le había dirigido con respecto á la familia Goli. Para desvanecer del todo sus dudas, volvió otra noche á casa de Toppo, resuelto á no poner más en ella los pies para no representar un papel desairado y ridículo. Pero en aquella noche le ocurrió un lance extraño. Cuando salió de la casa, ya completamente de noche, tropezó y cayó en tierra, al tiempo mismo que en la obscuridad, y no lejos de él, oyó que reían. Se levantó, y palpando para averiguar la causa de su caída, reconoció que había tropezado en una cuerda extendida á través de la calle. Miró en rededor suyo, pero no vió á nadie; resolvió, pues, continuar su camino, cuando oyó un silbido y sintió una pedrada que dió en la tapia, cerca de él. No poseía Emilio un valor temerario; pero era uno de esos hombres á que-

31054

nes el recuerdo de un acto de cobardía hace sufrir tan amargamente, que el temor de aquella tortura basta para impulsarlos á salir al encuentro de los peligros. Lanzóse hacia el sitio de donde había partido la pedrada; no vió á nadie; oyó otra vez las risas, pero ya más lejos: después, silencio. Entonces emprendió la marcha hacia su casa con toda la bilis revuelta. Sabía que en los pueblecillos solía darse aquella broma de la cuerda á los enamorados por sus rivales; era, pues, indudable que en el pueblo se le consideraba como aspirante á la mano de la muchacha, como un pescador de dotes, ó un ridículo chichisbeo. La sangre encendía su rostro. ¿Quién le hubiese profetizado un contratiempo de esa índole en los comienzos primeros de su carrera? Tal cólera sintió, que hubiera insultado al tío y á la sobrina como á dos enemigos calumniadores. Con estas imaginaciones, en toda la noche pudo conciliar el sueño. Estaba muy decidido á cortar por lo sano, pero no sin antes explicarse con alguno que, si era un rival celoso, debía de ser conocido; Emilio tenía empeño en desvanecer la sospecha de que había cesado en sus visitas por miedo. Pero ¿á quién dirigirse? El recuerdo de la maestra Strinati se fijó en el ánimo del joven; era antigua en el pueblo y debía de saber muchas cosas del asesor, y con motivo de aquello de la escuela privada, no usaría de miramientos.

Fué, pues, á visitarla en aquella misma tarde, con pretexto de preguntar si había costumbre entre los maestros de enviar á principio de año al inspector del distrito una copia del programa de estudios que cada uno hubiese establecido. Hallóla ocupada en repasar, á la luz de una lámpara, un montón de camisetas principiadas por sus discípulas. Presentóse á ella el maestro con aquel respeto, mezclado de cordialidad filial, que hace que los jóvenes sean agradables á los ancianos que no tienen hijos. Y no pudo menos de asombrarse cuando de pronto le preguntó su compañera:

—¿Conque ya es usted de la casa del señor inspector?

¡También ella!... Emilio se disculpó; dijo que sólo

había estado allí dos ó tres veces, invitado, casi rogado. Pero... ¿cómo lo sabía?

—Pues calcule usted si no se sabrán estas cosas—respondió la maestra, sin dejar de repasar las camisetas. —Además, estaba usted indicado. También el anteceesor de usted anduvo en la casa... poco tiempo. Es ya una verdadera obstinación la de ese hombre de endosar su sobrina á un maestro, acaso para darle su protección, en vez de la dote. Porque él no quiere abrir la bolsa, eso por supuesto. Parece que está deseando quitársela de encima. Tiene mucha prisa de ver libre aquella casa. ¿Con qué propósitos? ¡Vaya usted á saber! A las veces estos hipopótamos viejos hacen locuras en vísperas de morir. Dígame usted, y perdóneme: ¿le gusta á usted la «señorita»?

El maestro hizo un gesto; ella sonrió al continuar:

—Quería yo decir, el dromedario. El es quien tiene empeño en obligarla á fingirse señora, pensando que así la casará más fácilmente; ella no está cortada para eso, y en cuanto puede, se escapa por el campo á dar la mano á las aldeanas.

Cada vez más impaciente por saber algo, le contó el maestro el suceso de la cuerda atravesada y de las piedras.

—¿Cómo?—preguntó la maestra dejando la camisa que tenía entre manos.—¿Tan pronto? Que había ocurrido, ya lo sospechaba; pero pensé que dejarían pasar algún tiempo. Al otro maestro lo apalearon.

Y sin más preámbulo, reveló el misterio. El incógnito de la cuerda era un hijo del zapatero que dos años antes, creyendo que la muchacha tendría buena dote, la había solicitado, y habiendo recibido rotunda negativa, se había puesto furioso y se las había jurado á todo el que fuese más afortunado que él en aquella empresa. Era un bribón que había estado tres meses en la cárcel por una cuchillada inferida en riña. ¿No le había sucedido aún en el pueblo tropezarse con un jovencillo moreno, con una verruga en la mejilla, con la gorrilla ladeada y que le mirase insolentemente? Era un alma aviesa, muy capaz de hacerle todo el daño posible; haría el maestro muy bien en precaverse cuando volviese á la casa.

Sospechó Emilio, al escuchar aquellas palabras, que la anciana trataba de tantearlo para ver si demostraba miedo; contestó, pues, que volvería adrede más de una vez, pero que después estaba resuelto á cesar en sus visitas.

—Y hará usted muy bien en volver—le dijo la maestra;—le aconsejo á usted que no rompa con esa familia tan bruscamente, por no mortificar al viejo, que para vengarse de usted será muy capaz de dar en perseguirle, como hizo con el otro. Porque tiene más orgullo que el emperador de todas las Rusias, ¿sabe usted? ¡Con esa cara de mascarón de proa! Por lo más insignificante es muy capaz de dirigir una carta al gobernador de Turín, y después da á entender que ha recibido la respuesta, cuando saben todos que su carta, no del todo limpia, es arrojada al cesto de los papeles inútiles.

Y refirió, como cosa sabidísima en el pueblo, que Toppo había estado una vez muy resentido con el provisor de Turín, porque, á primera vista, no había conocido aquel funcionario que Toppo era el superintendente de Garasco, con quien había hablado un año antes.

—¡Vea usted! ¡El provisor de Turín, que durante todo el año está recibiendo diariamente á veinte personas! ¡Bah! Viejo patán que apenas sabe leer lo impreso.

Le contó, además, que cierto día, cuando ella era todavía maestra de 1.^a, vino Toppo á la escuela, y para juzgar de los adelantos de las niñas, que apenas comenzaban á silabear, había sacado un bando municipal y se había asombrado é indignado de que no supieran leerlo, porque creía que siendo la lectura tanto más fácil cuanto mayores son las letras, un bando impreso en letras de carteles debía poderse leer bien después de un mes de silabario.

—Fuera de todo esto—prosiguió la maestra en voz baja,—en conciencia debo decirle otra cosa. A usted la muchacha no le gusta, ¿verdad? Con esto basta. Pero usted no debería comprometerse por otra razón, que es, según rumores, un asunto bastante feo.

La muchacha tenía su título de maestra, indudable-

mente; conocía á quien lo había visto y palpado. Pero el título, ¿era legítimo ó falso? Esas arrogancias del título databan ya de algunos años, y todo el mundo, bajo la fe de los primeros, las había dado crédito: ¿por qué no? Pero después habían surgido dudas acerca de la época en que la muchacha había ido á los exámenes de reválida. Algunos curiosos se habían puesto á inquirir, á buscar; pero ninguno había conseguido averiguar que la tal maestra se hubiese ausentado de Garasco más que una sola vez con su tío, hacía cuatro años, para ir á Turín, y la fecha del viaje no coincidía con la de los exámenes de grados de aquel curso. Habíanse pedido, además, informes completos á un profesor y á varias maestras del distrito que tenían su título de aquella misma fecha; pero ni ellas ni él recordaban haberla visto en los exámenes verbales ni en los escritos. Había además otra cosa muy digna de ser tenida en cuenta: nadie había oído nunca á la sobrina de Toppo ni una sola sílaba relacionada con aquellos benditos exámenes, que, no obstante, para una muchacha, debían de haber sido un acontecimiento de importancia. ¿Qué significaba todo esto? La cosa era obscura. Seguridad completa de una bribonada, no la había aún; pero había alguien, entre los enemigos del asesor, que proseguía sus investigaciones. ¡No sería aquel el primer caso en que por dinero se hubiesen expedido títulos falsos en el Provisorato! De todas maneras, cuando se averiguase, se movería tal escándalo, que habría de esconderse bajo siete estados de tierra cualquiera que tuviese algún grado de parentesco con aquella familia.

Emilio sabía ya lo bastante. Aún visitó otra vez al asesor; dejó que la conversación languideciera como para preparar á la sobrina y al tío á no verle más en mucho tiempo; despidióse friamente, y una vez en la calle, lanzó á la casa una de aquellas miradas con que se hace la cruz á un negocio que ha fracasado, y se alejó con el firme propósito de no volver más por aquellos sitios.

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO

Prosiguió Emilio consagrándose por entero á la escuela, y muy especialmente á la educación moral de sus discípulos. No había llegado al pueblo con ningún plan preconcebido de severidad ó de indulgencia: obedecía á los impulsos naturales en él, que le estimulaban á educar y hacerse obedecer por medio de la dulzura y del cariño. Esto, en parte, le dió buen resultado. Poco á poco había ido descubriendo, bajo aquella rudeza exterior de los alumnos, algunas buenas cualidades de su alma, y algo que la rudeza le había ocultado de pronto, más que ninguna otra cosa: ese no sé qué de gracioso y de amable que existe en el alma de todos los niños, hasta en los más rústicos, y tal vez nos los hace querer aunque sean malos. Pero el maestro halló dificultades no previstas. Ciertamente, en algunos niños, y en ocasiones determinadas, conseguía obtener un buen efecto, ya de arrepentimiento, ya de otra emoción dulce y noble, hablándoles el lenguaje del corazón, razonando con elocuencia y con calma cariñosa. ¡Pero cuán difícil era, hasta para él mismo, perseverar en esta senda! Emilio reconoció que en esto le pasaba lo mismo que á un artista; era aquello una disposición especial del espíritu y de los nervios, un cierto estado de contentamiento de sí mismo y casi de inspiración; pero estado del cual bastaba para sacarle, por todo un día tal vez, el más insignificante malestar físico, una contrariedad leve, y hasta un solo pensamiento ingrato que surgiera de pronto y por casualidad en su cerebro. Y cuando esto ocurría, resultaban inútiles todos los

esfuerzos que sobre sí mismo hiciese; las palabras persuasivas y dulces, ó no afluían á sus labios, ó brotaban de ellos sin calor, sin ingenuidad, y no penetraban en el alma de los alumnos; y lo que aún era peor, el maestro conocía que, diciéndolas de aquella manera, no solamente las desperdiciaba entonces, sino que por adelantado perdían la eficacia que pudieran tener en otras ocasiones en que las pronunciase con sentimiento. Experimentaba además dificultad para aquel procedimiento educativo en ciertas transformaciones psíquicas de sus alumnos, que algunas veces se mostraban indiferentes, indóciles, indomables, como si su inteligencia se hubiese apagado y su corazón se hubiera endurecido hasta el extremo de que no se conseguía por ningún medio dominarlos y fijar su atención. ¿Era una disminución momentánea del famoso «fluido nervioso» de Herbert Spencer, del cual había oído hablar en la escuela? Pero ¿de qué procedía aquella disminución, así, en toda la clase? Emilio, ni lo comprendía, ni hallaba remedio para esto; eran aquéllas, por consiguiente, horas perdidas para la enseñanza, que le dejaban lleno de amargura.

Después, entre los mayorcitos, comenzaron á revelarse algunos caracteres sobre los cuales nada podían los actos ni las palabras cariñosas, ni los razonamientos comedidos; si estos caracteres tenían algo de bueno, que sí tendrían, no veía Emilio camino alguno, ni directo ni por rodeos, para llegar hasta eso bueno; parecían criaturas de raza distinta á la raza de los otros; instrumentos musicales desconocidos, en los que ignoraba Emilio dónde era necesario tocar para obtener un sonido cualquiera. Así se atormentaba estérilmente. Y, todavía ingenuo, solía preguntar alguna vez con acento paternal:

—Pero ¿por qué obras así, sabiendo que me causas un disgusto, y que te expones á un castigo? ¿Cómo no comprendes que no debes, y que además no te conviene, conducirte de esta manera? ¿Por qué prefieres hacer que te quiera mal á procurar que te quiera bien?

Y los alumnos daban señales de no comprender ni el alcance ni el sentido de aquellas preguntas; su rostro no variaba; tornaban en seguida á desobedecer, con

la sonrisa misma con que habían escuchado las exhortaciones. Y ni con éstos ni con los otros le servía de nada apelar á la religión, como su corazón le inspiraba con frecuencia, porque el argumento religioso empleado por el maestro perdía para los muchachos toda su fuerza; mirábanle ellos con estupor, como diciendo:—Pero si ahora no estamos en la iglesia!—y algunas veces, con una sonrisa casi de lástima, como si comprendiesen que acudía á ese registro por desesperación. Todo esto le desalentaba en algunos instantes. Pero sólo en algunos instantes. El concepto antiguo que Emilio tenía de la infancia, y que era como el manantial de su ternura, obraba siempre con la misma fuerza sobre su espíritu. Le bastaba pensar un momento en las infinitas miserias de la gran familia infantil, en los millones de niños hambrientos, maltratados, atormentados, abandonados, vendidos...; en aquella inmensa debilidad que no tiene más defensa que el llanto, que soporta las penas de todos los vicios y de todos los delitos de los hombres, que crece languideciendo y temblando entre mil horrores y mil infamias, y es arrojada por mil manos en los caminos, en los fosos, en los hospicios y en los cementerios; y de pronto aquellos niños que tenía delante se confundían en el pensamiento del maestro con los otros innumerables; convertíanse para él en la imagen de la inocencia y de la debilidad humanas; algo de grandioso y de venerable que ponía en su corazón una piedad sin límites, una paciencia invencible, una virtud de perdón inagotable; y comenzaba de nuevo la lección con la dulzura y el cariño de siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS PADRES DE LOS ALUMNOS

Emilio hacía simultáneamente otra experiencia que le habría sido imposible realizar en la clase de tirocinio: la de los padres de los alumnos; en ella encontró, lo mismo que en la otra, muchas cosas raras y más de un desengaño. Solamente cinco ó seis padres (y había unos cincuenta muchachos en la clase), vinieron en el transcurso de dos meses á pedirle noticias. Y lo más curioso del caso es que algunos, obreros ó trabajadores del campo, que vivían á muy poca distancia del pueblo, lo veían diariamente casi, y le hablaban también con frecuencia, cuando él les dirigía la palabra sobre las labores y sobre sus negocios, pero sin preguntarle nunca cómo iban sus hijos, como si aquella fuese una conversación prohibida. El maestro no acababa de convencerse de esto. Con algunos iniciaba él mismo la conversación, obediente al precepto pedagógico de pedir noticias de la índole de los alumnos á los padres, y de estudiar á aquéllos en éstos, procurando conocer la manera de vivir de la familia, si existen en ella enfermedades hereditarias, ó defectos y hábitos morales é inclinaciones intelectuales comunes. ¡Ah! ¡Qué utopía! A sus preguntas, como si ocultasen una segunda intención sospechosa, respondían con palabras vagas ó sin sentido, mirándole con cierta desconfianza. Lo más que podía saber con respecto á los alumnos era:—Es un buen chico;—ó:—Es un bribón; le recomiendo que le dé firme.—También algunos padres, cuyos hijos habían entrado en 1.^a aquel año, majaderos que

La novela de un maestro—Tomo I—4

esperaban no se sabe qué milagros de la decantada «instrucción y educación», iban á verle, al cabo de un mes, para quejarse de que sus chicos, en resumidas cuentas, no habian cambiado en nada y seguían siendo tan endemoniados y tan revoltosos como antes. Y no era sólo esto; Emilio sabía que á toda truhanería que el niño hacía en casa, le gritaban:—¿Es esto lo que el maestro te enseña?—Alguno fué á verle para pedirle cuentas por una palabra obscena que el muchacho había pronunciado en familia:—¿Cómo es esto, señor maestro? De nosotros no puede haberla aprendido.— En el modo de obrar de la mayor parte notaba el convencimiento de cierta superioridad con respecto á él; fundado en el hecho de que, en último resultado, ellos eran los contribuyentes que lo mantenían. Bien comprendía Emilio que su retribución parecía excesiva á los que vivían miserablemente del trabajo; calcúlese, ¡dos pesetas diarias! por no hacer sino discurrir, y para un hombre solo y tan joven. Pretendían, por tanto, que hiciese prodigios, sin recibir de ellos auxilio alguno, ni de palabra, ni de obra; ni en lo relativo á la instrucción, ni en lo concerniente á la disciplina, ni en lo que tocaba á la higiene. Como cierto día hubiese el maestro enviado á su casa á un muchacho que se presentó excesivamente desaseado, vino el padre para armarle un caramillo, gritando:

—Usted no querrá tener en su escuela más que señoritos, ¿no es verdad?

Otra vez suplicó á una buena mujer que limpiase bien á su rapazuelo, que infestaba la clase de ciertos animalillos parásitos; respondióle la madre con toda ingenuidad:

—No pienso en tal cosa, ¿sabe usted? Eso quiere decir que el muchacho tiene sangre buena; déjelo usted estar, señor maestro.

Había también algunos muy respetuosos, que lo esperaban fuera de la escuela con el sombrero en la mano, y se acercaban á él haciéndole muchas cortesías. Pero éstos eran los más peligrosos, porque iban en busca suya cómo si buscasen á un memorialista ó escribiente público; uno, para que le descifrara una carta ilegible; otro, para suplicarle que le leyese un

montón de papelotes, ó le aconsejase relativamente á un pleito; un tercero, para que le escribiese una esquelita al propietario solicitando alguna rebaja en el arriendo, pero con los preámbulos y los giros que «no ofendieran», y que solamente el señor maestro podía encontrar. Estos tales, para demostrar su agradecimiento, solían decirle:

—No tenga usted consideración, ¿sabe usted, señor maestro? Castigue usted al chico severamente cuando lo merezca.

Pero cuando el maestro después imponía el castigo más grave que estaba en sus atribuciones, la expulsión interina, los padres hacían irrisorio este castigo, dejando correr libremente por los campos al chico, muy satisfecho por haber sido castigado con unas vacaciones. ¡Ah! Ninguna de esas contrariedades le habían sido anunciadas en la clase de Pedagogía.

SOLEDAD

Emilio, sin embargo, continuaba explicando su clase con muy buenos deseos, y estaba contento. El hecho tan vulgar y tan previsto, de cobrar á fin de mes en la oficina del habilitado la exigua suma que representaba su sueldo, proporcionábale siempre un placer vivo, que le duraba algunos días, pensando que lo había ganado, céntimo á céntimo, con otras tantas enseñanzas y correcciones y con buenos consejos. Faltábanle en la escuela algunas cosas indispensables, y se decidió á pedirselas al alcalde; algunos carteles con dibujos de aparatos agrícolas, un mapamundi, esférico á ser posible, aunque fuese muy pequeño, y sobre todo un banco más, porque habiendo ingresado después del primer mes cinco discípulos nuevos, se veía obligado á tener, durante tres horas seguidas, á dos de ellos escribiendo de pie. Una hermosa mañana de Noviembre, como hallase al alcalde delante de su casa, de excelente humor al parecer, con botas de montar y látigo, como quien se dispone á montar á caballo, parecióle oportuno el momento, y le habló, entre varias otras cosas, de lo que sucedía en la escuela.

—Pero ¡cómo!—exclamó el alcalde maravillado;—¿todas esas cosas faltan? Las enviaré «ipso facto». ¿Ha dicho usted?

Y se hizo repetir las tres cosas, contándolas una á una por los dedos de la mano, y aprobando con movimientos de cabeza, como para prestar más atención.

—Haré que escriban en seguida—dijo,—inmediatamente.

Y á renglón seguido participó al maestro un proyecto suyo; estaba preparando alguna cosa para primeros de año, una especie de fiesta «escolástico-civil», con declamación de poesías, concierto, baile de niños; una función nueva y simpática; muchas familias de Turín, conocidas suyas, vendrían exprofeso al pueblo. Pero era necesario preparar á los alumnos con bastante tiempo.

—Uno de estos días—dijo para concluir,—le enviaré á buscar para que nos pongamos de acuerdo.

Y saludándole cordialmente, montó, metió espuela y desapareció.

Pasaron varios días, y el maestro no volvió á ver al alcalde, ni oyó hablar de los carteles ni de los bancos; pero se consoló de esto pensando que, por lo menos, se evitaba el trabajo inicuo de embutir en las cabezas de sus discípulos alguna horrible poesía de circunstancias para la solemnidad que le amenazaba. Continuó, pues, su vida tranquila, no comprendiendo todavía porque su pasión por la escuela le ocupaba, cómo era posible que en un pueblecillo fuese nadie víctima del hastío, como demostraban serlo algunos que, por desesperación, pasaban diariamente cuatro veces por la posada de la Cruz para preguntar si habían llegado forasteros, aunque sólo se tratase de un carretero, para ver una cara nueva. Los domingos solía ir Emilio en el coche correo á *** para ver á su hermana, y en los demás días no trataba á nadie. En el transcurso de un mes, una vez sola encontró al señor Leri fuera de la escuela; era un domingo por la tarde en el momento en que el señor Leri regresaba de Turín, adonde había ido en busca de un documento que necesitaba para su trabajo; iba aquél como siempre, con su aspecto de gravedad y llevando con mucho respeto debajo del brazo el paquete de aquellos documentos. Más á menudo encontraba al superintendente Topo, quien solía devolverle sus saludos de muy mala gana, y más nublado cada vez, como si amenazase tormenta. Un día conoció, al fin, cerca de una hostería, al hijo del zapatero, por el gesto que hizo, para señalárselo á dos que le acompañaban, y por el aire de desafío con que le miró, metiendo las manos en los

bolsillos del chaleco y adelantando una pierna. Emilio fingió no haberlo visto. Varias otras veces se encontraron, y el hijo del zapatero miraba siempre con afectación en rededor suyo, á ver si había gente, como para darle á entender que si estuviesen solos le iría al encuentro. Pero en vista de que el maestro demostraba una indiferencia imperturbable, y más, tal vez, por haber cesado Emilio en sus visitas, desistió de sus demostraciones. Solamente una noche, él y algunos compañeros suyos, borrachos todos, fueron á cantar bajo las ventanas del maestro las cinco vocales imitando el rebuzno de los burros hambrientos, como para demostrar, á un tiempo mismo, el concepto que tenían de su situación rentística y la estimación que, por consiguiente, les merecía su profesión. Pero Emilio despreció aquello. En la vida solitaria que hacía sólo le quedaba un deseo, y lo acariciaba hasta en la escuela, confundido con todos aquellos pensamientos alegres, aunque modestísimos, relativos al porvenir, y á los que solía abandonarse en sus horas mejores; deseaba tener en el pueblo una maestra joven y culta con quien estrechar amistad, una amistad cordial y pura, de la cual, andando el tiempo, pudiese nacer otro cariño, pero no demasiado pronto, para no entorpecer su marcha desde los primeros pasos. No le parecía mal aquella muchacha, maestra de 1.^a Pero no acababa de gustarle por su carácter ambiguo, entre campesina y señorita. Emilio veía en ella la imagen de una maceta formada por flores del campo y flores de papel, y adivinaba en sus ojos la fermentación de la vanidad de ideas incompletas y caprichosas producida en su alma indudablemente por una cultura literaria insuficiente, agregada á una incompleta educación social. Si Emilio hubiese abrigado alguna duda acerca de esto, habriasela desvanecido la conversación que en cierta mañana tuvo con la maestra, á quien encontró sola en el campo, cubierto por la primera nevada que había caído durante la noche. La muchacha, parada en medio del camino, estaba tomando con lápiz algunas notas en el cuaderno.

—¿Está usted componiendo, señorita? — preguntó Emilio quitándose el sombrero.

—No—respondió con franqueza la maestra;—no comongo nunca en paseo. Apunto algún pensamiento; así, para no olvidarlo; una palabra, ó dos, nada más.

—Algún día, sin embargo, nos hará usted admirar alguna cosa.

—¡Oh!—respondió sacudiendo la cabeza;—muy lejos estamos aún de ese día.

—¡Pues qué! ¿piensa usted no publicar nada nunca?

—Nunca, no diré; pero en mucho tiempo, indudablemente no. Tengo el propósito de no publicar nada antes de los veintinueve años.

Sonrió el maestro y le dijo:

—Mucho desconfía usted de su ingenio. Pero ¿por qué se ha fijado usted en el número veintinueve, si no es indiscreto preguntarlo?

—Es un secreto mío.

—Alguno se lo robará, y le obligará á publicar algo antes... con un apellido más.

—No hay ese peligro.

—¿Por qué?

Permaneció silenciosa un momento; después dijo:

—Porque no amaré nunca.

—¿Está usted segura? ¿Cómo puede usted decir eso á su edad?

—Es un voto que he hecho.

—Es muy extraño. ¿Y ha hecho usted también voto de no decir á nadie el motivo?

La maestra clavó su mirada en el suelo como aborta en una idea, y después dijo en tono sentencioso, que pretendía ser intencionado:

—«Nunca se descubre el arte, que lo hace todo.»

Por su cuenta, la maestra se había descubierto lo suficiente.